

que andan buscándola todavía... ¡Vamos nosotros a buscarla, vamos!

(Mutis.)

TELON

ACTO SEGUNDO

Una taberna, de noche, en Junio y en Madrid.

ESCENA PRIMERA

AMPARO, MARCOS: luego el AGENTE

AGENTE.—Buenas noches.

MAR.—Muy buenas.—(Viendo la medalla que el Agente le enseña.)—¿De la ronda? Pues usted dirá...

AGENTE.—¿Viene por aquí un hombre moreno, de unos treinta y tantos años y de mala cara...?

MAR.—Vienen muchos de mala cara. Como no dan a elegir, cada uno trae la suya... y gracias.

AGENTE.—Con un lunar detrás de la oreja.

MAR.—La verdad... yo no ando mucho detrás de las orejas de los parroquianos.

AGENTE.—Veo que tiene usted flaca memoria.

MAR.—Regular nada más.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

AGENTE.—La refrescaremos un poco.

MAR.—(*Obsequioso.*)—¿Quiere usted una copita o...?

AGENTE.—No, no. Usted ha declarado en la Comisaría, señor Marcos, cuando prendieron aquí al mozo de las monedas falsas, que usted no lo conocía...

MAR.—Bueno, bueno... ¿Viene usted por lo mío... o por lo de otros?

AGENTE.—Por lo que usted quiera.

MAR.—Pues vamos con los otros, que siempre es menos engorroso para uno.

AGENTE.—Vamos. ¿El del lunar... viene?

MAR.—¿Le llaman *el Pelusa*?

AGENTE.—Ese.

MAR.—Pues sí, señor. Todas las noches... sólo que dice que se llama Francisco...

AGENTE.—¿Y hoy vendrá?

MAR.—Seguramente... porque anda al fiado conmigo, y como yo no tengo prisas para reclamar, pues acuden puntuales a la baratura.

AGENTE.—Gracias, señor Marcos. ¿Ve usted las ventajas de refrescar la memoria?

MAR.—¿Quién lo duda?

AGENTE.—Ese mozo es un pájaro de cuenta y hay que echarle mano.

MAR.—Usted sabrá...

AGENTE.—Yo voy a estar cerca, pero no muy visible. En cuanto entre el sujeto ese me manda usted aviso a...

MAR.—Usted me dispensará, pero yo no denuncio a nadie.

AGENTE.—Qué conciencia más escrupulosa...

MAR.—Mitad conciencia y mitad prudencia, que si corre la voz de que yo doy el soplo... ¡el mejor día me dejan seco!

AGENTE.—Esa es más razón.

MAR.—Y no teniendo uno para qué meterse, lo práctico es que uno se meta.

AGENTE.—Bien. Ya lo haré yo todo. Pero usted... ¡cuidadito con prevenirle!

MAR.—No hay cuidado. No soplo a ninguno, no, señor. ¡Que cada cuál se maneje sus negocios, y a mí que me dejen en paz!

AGENTE.—Así le irá a usted perfectamente.

MAR.—¡Es que los hay muy atravesados!

AGENTE.—Gracias a Dios.

MAR.—¿Cómo que gracias a Dios? ¿Le parece a usted bien que haya gente maleante?

AGENTE.—¡Claro que sí! Desde mi punto de vista de agente de la ronda, claro que sí, porque sin ellos no tendría razón de ser mi destino ni

mi sueldo! ¡Compréndalo usted, señor Marcos!

MAR.—Lo comprendo muy claro, sí, señor. ¡Permita el cielo que no se acabe nunca la casta de los pillos... para que siempre tengan sueldo los agentes de policía. ¿Es así?

AGENTE.—Así es.

MAR.—Que viva todo el mundo. ¿No es eso? ¡Que todos hacemos falta, unos para otros! Si no hubiera granujas ni asesinos... ¡se fastidiaba la policía! Si no hubiera ratones... ¡se fastidiaban los gatos! Si no hubiera borrachines... ¡nos fastidiábamos los taberneros! Total y resumen... ¡que viva todo el mundo, que todos servimos para todos...!

AGENTE.—Eso es. Hasta luego... ¿y cuidado, eh?

(Mutis.)

MAR.—Sin cuidado, sin cuidado...

ESCENA II

DICHOS, MENOS EL AGENTE

AMP.—Es muy curiosa esta gente...

MAR.—Mucho. Gracias a que no tenemos nada que ocultar.

AMP.—Nada ya. Lo que había se despachó...

MAR.—Es verdad... pero como vuelvas a decir una verdad de estas te va una silla por la cabeza.

AMP.—Es que ahora estamos solos...

MAR.—Nunca está uno solo para lo que no hace falta decir... y callar es bueno, Amparito.

AMP.—Ya lo sé, ya lo sé.

ESCENA III

DICHOS: PEDRO, JUAN y ANTONIO, que entran y se sientan.

PEDRO.—¡Niñal!

AMP.—Voy.

JUAN.—Agua de seltz con un poquito de coñac.

ANT.—Yo al revés, coñac con un poquito de agua.

PEDRO.—Y yo lo mismo... pero sin agua.

AMP.—En seguida.—(A Marcos.)—Tres coñac, seltz.

PEDRO.—(Alto.)—Y la baraja.

MAR.—¡Que aquí no se juegal!

PEDRO.—Pues será el único sitio de Madrid.

MAR.—Será.

JUAN.—No se ponga usted tonto, señor Marcos, que a esta hora ya...

MAR.—Pero es el último día.

PEDRO.—El último.

ANT.—¡Y que la baraja sea nueva...!

MAR.—Será casi nueva. ¿Hace?

ANT.—Hace.

JUAN.—¿Cómo va el negocio, Pedro?

PEDRO.—Regular... Juan... pero siempre hay más ventaja de maestro que de trabajador.

ANT.—Claro.

PEDRO.—Aunque no se gane todo lo que uno quiera, el cuerpo agradece que sean otros los que trabajen.

JUAN.—Eso que lo digas.

PEDRO.—Y como se ponen las cosas de carísimas hay que apretar... vamos, hay que apretar a ellos para ganarse unas pesetas.

JUAN.—Que lo digas también.

ANT.—Me choca que no haya venido aún el señor Eusebio... ¡A ver si nos descabala hoy la partidá!

PEDRO.—Es hombre de palabra con los hombres, pero como encuentre faldas por el camino no va nunca a donde va si no a donde lo llevan.

JUAN.—Eso tiene disculpa.

PEDRO.—¡Vaya si la tiene!

ANT.—Para todo hay horas.

JUAN.—Aguardaremos un poco más, que tarde de no es todavía.

ANT.—Aguardaremos.

AMP.—(Sirviendo.)—¿En la copa grande, señor Pedro?

PEDRO.—Ahí cunde más y escandaliza menos.

JUAN.—Una miaja también, Amparito.

PEDRO.—¿Sabes que te pones guapa?

AMP.—Será la luz... ¡hay bombillas nuevas!

PEDRO.—En la Bombilla nos vamos a encontrar un día tú y yo si tú quieres.

ESCENA IV

DICHOS: FEDÉRICO, por el foro

FED.—(Afeitado completamente y vestido de artista de circo, pero en traje de calle).—Buenas noches.

MAR.—Muy buenas, señor Ricardi. ¿Hubo gente?

FED.—Bastante.

MAR.—Me alegro.

AMP.—Trabajan muy bien. Son ustedes unos grandes artistas.

FED.—Los compañeros, si; yo no soy nada...

AMP.—¿Porque no brinca ni da saltos como

52—MANUEL LINARES RIVAS

los otros...? pero en cambio dice usted cosas graciosísimas. Yo me río mucho con usted.

FED.—Se rien mucho de mí, sí.

AMP.—Y luego, el no pintarse más que media cara está muy extraño, pero hace muy divertido.

FED.—Es por eso, señorita, es por eso... porque no soy más que medio artista... o medio payaso.

MAR.—¿Hoy habrán tenido función de tarde también? ¡Todo el día encerrado, señor Ricardil!

FED.—Igual que los demás días.

MAR.—¿No sale usted de paseo?

FED.—Nunca. El andar es muy molesto y la luz del sol muy desagradable. Yo no vivo más que de noche y no ando más que del Circo a mi casa...

AMP.—¿Entonces no conocerá Madrid?

FED.—Ni falta que me hace.

MAR.—Pues el pueblo es muy...

FED.—No me interesan los pueblos.

AMP.—Las personas solamente.

FED.—Tampoco me interesan las personas.

MAR.—¿Pues quién le importa?

FED.—La taquilla, para el dinero que necesito y que no puedo pasar sin él; la cerveza, que es

todo mi vicio... y Dolores, mi Dolores, que es toda mi adoración. Lo demás, bueno, si existe; y bueno, si no existe..., que es exactamente igual que lo que le pasa a todo el mundo conmigo: bueno, si existo, y bueno, si no existo.

MAR.—Puede que tenga usted razón.

FED.—Y puesto que estamos conformes en que a usted no le intereso yo ni usted me interesa a mí... ¿para qué vamos a seguir la conversación?

MAR.—Para nada.

FED.—Pues con el permiso de ustedes...

(*Marcha a sentarse.*)

AMP.—¿Cerveza?

FED.—Cerveza.

(*Sin volver la cabeza.*)

AMP.—¿Doble?

FED.—Doble.

(*Sin volver la cabeza.*)

MAR.—(A Amparo).—Contesta como en el Circo. Mirale a ver de qué lado se pintó hoy...

AMP.—Lo miraré...

ANT.—Lo dicho: que no viene el Eusebio y nos quedamos sin partida.

JUAN.—Sería una lástima, porque hoy me

traigo yo ganas de pelea y de jugarme unos céntimos... o unos duros si se terciá.

ANT.—¿Querrá jugar el tipo ese?

PEDRO.—¿El volatinero? Puede que no tenga dos pesetas.

JUAN.—Como no es de boquilla, sino tanto pongo, tanto va..., pues pronto se averigua.

ANT.—Y que no hay donde mejorar. ¿Tú le conoces?

PEDRO.—De verle aquí todas las noches este verano. Trabaja en la Puerta de Atocha...

ANT.—Ya lo sabemos. ¿Y eso basta para hablarle?

PEDRO.—¡No ha de bastar!

JUAN.—Pues díselo a ver...

PEDRO.—Ahora mismo.

JUAN.—Y que si no acepta... pues tal día hará un año, y sin él ya estábamos antes.

ANT.—Como lo dices.

PEDRO.—Pues allá voy.—*(Acercándose)*.— Buenas noches, amigo.

FED.—*(Que leía un periódico)*.—Muchas gracias por lo de amigo. No sabía que lo fuera... pero lo celebro.

PEDRO.—Alguna vez se ha de empezar...

(Le da la mano).

FED.—Empecemos...

(Le estrecha la mano).

PEDRO.—Se lee, ¿verdad?

FED.—Desde que usted ha venido, no...

PEDRO.—Bueno... ¿Le interesa el periódico?

FED.—Nada.

PEDRO.—¿Y tiene usted prisa?

FED.—Ninguna. Si la tuviera ya habría marchado.

PEDRO.—Nosotros estamos aguardando a un compañero...

FED.—Muy bien. Por mí no se priven ustedes de ese gusto.

PEDRO.—¿Y usted aguardará, como todas las noches, por la señora?

FED.—Trabaja en el último número.

PEDRO.—Y dicen que muy bien. Yo no la he visto... pero de paisana es muy simpática y muy guapa.

FED.—Gracias...

PEDRO.—Y vamos a nuestro asunto. Aquí estamos reunidos estos tres amigos, pero nos falta un pie...

FED.—¿A cada uno?

PEDRO.—¡Para echar un mus, hombre!

FED.—No juego.

PEDRO.—Es pasar el tiempo nada más. A dos pesetillas los cinco amarracos.

FED.—Usted sabe que han de venir a buscarme...

PEDRO.—Mientras no vienen solamente. Después queda usted en libertad.

FED.—Será muy poco...

PEDRO.—Lo que sea. ¡Arrímesel!

FED.—A condición de levantarme...

PEDRO.—Cuando a usted le convenga.

FED.—Bueno...

PEDRO.—Ya hay cuarto.—(A Marcos).—Una copa de coñac.

FED.—Gracias, no bebo nunca.

ANT.—¿No le gusta?

FED.—Sí, pero no bebo.

JUAN.—(Ofreciendo su copa).—¡A la salud de la pariental!

FED.—Por ella precisamente me niego.

ANT.—¿Se lo prohibió?

FED.—¡A mí no me prohíbe nadie ninguna cosal!

JUAN.—Entonces no hay por qué desairar.

FED.—No. Venga.

(Bebe).

ANT.—Yo no he de ser menos...

(Ofreciendo la suya).

PEDRO.—No, déjalo, que esto es muy fuerte no teniendo costumbre y puede hacerle daño.

FED.—(Riendo).—¿Fuerte? Cuando yo bebía tomaba la ginebra en los vasos del agua.

ANT.—¡Camarál! Y cómo achica usted a las gentes con el pico...

FED.—¿Con el pico? No hablemos más, y venga esa copa... y la suya también.

(A Pedro).

ANT.—¡Por la pariental!

FED.—¡No, por ustedes! Señor Marcos... coñac para todos.

PEDRO.—Basta ya.

FED.—Después de éstas. Yo no me dejo convidar sin corresponder.

JUAN.—En eso lleva razón.

PEDRO.—Y a echar cartas a ver quiénes vamos.

(Se sientan frente a frente Pedro y Federico, después de que los naipes lo marcan).

AMP.—¿Les dejo la botella en la mesa?

MAR.—No está mal esa idea...

AMP.—La pueden beber, la pueden romper... y de las dos maneras la han de pagar.

MAR.—Bien pensado. Llévala... llévala...

ESCENA V

DICHOS: el PELUSA

PEL.—(*Mira con disimulo al entrar y no viendo peligro, entra*).—Felices, señor Marcos.

MAR.—Felices, señor Francisco.

PEL.—Muy tranquilita es la casa ésta...

MAR.—Casa con puerta abierta es casa en la calle. Usted sabrá lo tranquilo que anda por la calle...

PEL.—No hay por qué azararse en ningún lado...

MAR.—Mejor.

PEL.—¿Se figura usted algo?

MAR.—Nada. Cada uno tiene su modo de vivir, y yo no entro ni salgo en los asuntos de nadie.

PEL.—Ya sé yo que es usted un hombre serio.

MAR.—Mi fama tengo muy bien puesta.

PEL.—Y yo la mía. No hay para cumplir como se debiera, porque los tiempos van malos, pero se cumplirá cuando se pueda.

MAR.—Por una copa yo no atosigo a ninguno. Cuando usted pueda, paga... y tan contentos.

PEL.—Así ha de ser.

MAR.—¿Una copita?

PEL.—Café y un cachito de pan... si no es abusar. ¡Será lo primero del día, señor Marcos, y ya estamos en la noche...

MAR.—Bueno, se lo llevarán.

PEL.—Gracias.

(*Va a sentarse*).

FED.—¡Ordago!

ANT.—Quiero.

PEDRO.—¡Caray! ¿Para qué echa usted el ordago en falso?

FED.—Otra vez será de veras y perderán ellos.

PEDRO.—¡Por de pronto, nos han comido cuatro pesetas en el aire!

FED.—Eso no es dinero.

ANT.—¿Vamos a duro el juego?

FED.—Vamos...

PEDRO.—Se le calienta a usted pronto la boca, compañero, y es malsano.

FED.—¿A mi? No los duros, los billetes de a cien y de a quinientas he jugado yo sin pestañear ¡siquiera.

PEDRO.—Para mucho da el oficio...

FED.—¿Usted qué sabe, ni qué sabe nadie cuál es el oficio de cada uno?

PED.—Usted volatinero y nosotros aparejadores de obras.

FED.—Eso para el cartel del Circo y para la muestra de la tienda o del anuncio, que dentro de las intenciones no escarban los extraños, y a lo mejor el payaso que tanto hace reír no es sino un mal hombre que otro tanto hace llorar, y el maestro no es más que un grandísimo granuja que va a ver lo que le puede robar al contratista, o de acuerdo con el contratista, lo que los dos le roban al dueño de la casa.

PEDRO.—Eso lo harán los que lo hagan.

FED.—Exactamente. Y en esos, dirían mejor sus tarjetas, en vez de «J. Ricardi, equilibrista», «Pedro y García, aparejador»: «J. Ricardi, mal hombre», «Pedro García, ladrón», ya que realmente son esos los verdaderos oficios que tenemos.

ANT.—(*Levantándose.*)—A mí me gustan las cosas muy claritas. ¿Van esas palabras con nosotros?

FED.—No van con ustedes, como no van conmigo, y también me puse en la escala de los granujas.

ANT.—Es que si fueran...

PEDRO.—¡Ya te han dicho que no!

ANT.—Entonces... ¿tan amigos?

FED.—Tan amigos.

ANT.—Arriba el coñac. Por los volatineros.

FED.—Por los aparejadores. (*Bebe, excitado.*)

¡¡Loco sería quien despreciase las nobles apariencias para ir a resolver en el fondo oscuro de las cosas y de las almas...!! No, no. Lo mejor de un palacio es la fachada; lo mejor de un hombre es el honrado oficio por el que paga su contribución; y lo mejor de una mujer es el traje que la cubre y que la tapa. ¡Lléname la copa!

JUAN.—(*Aparte a Federico.*)—Con lo de las mujeres no estoy yo conforme...

FED.—(*Aparte, a Juan, mientras conserva un brazo extendido hacia la mesa para que le llenen la copa.*)—Porque no querrás a ninguna muy de veras. Queriéndola, no con vestidos, con hierros la taparías para que nadie pudiera verla; que después, el borde de una uña, que tú sólo, miras y te enseñan a tí solo, te parecerá la prueba mayor del cariño de una mujer.

JUAN.—Mala pareja casa lo que usted dice con lo que usted hace, dejando a la suya en los titeres.

FED.—Pero eso no es mi amor ni es mi gusto.

Eso es la necesidad de vivir... que no tiene ley ni tiene traje.

PEDRO.—Bien dicho. ¿Por quién bebemos esta copa?

FED.—Por... por beberla nada más. Muchas veces no se puede dar mejor razón. ¡Arriba!

ANT., JUAN y PEDRO.—¡Arriba!

PEDRO.—Y al mus.

FED.—Al mus.

PEDRO.—¿A duro?

FED.—A duro. Dos partidas y la buena... o el desquite a un solo juego.

PEDRO.—Pues a jugar... y ojo a envidar falsos, ¿eh?

AMP.—¿Les acercamos otra botella?

MAR.—Por ahí no se pierde nada... como no se pierdan ellos; pero a mí eso no me preocupa.

ESCENA VI

DICHOS: el AGENTE

AGENTE.—Buenas noches.

MAR.—Buenas noches.

AGENTE.—Un chato de mantilla. *(Mira a las mesas.)* Sirvámelo allí... *(Acercándose.)* ¿Usted permite?

PEL.—*(Que al entrar el agente ha cogido el periódico y se tapa la cara haciendo que lee.)*—Bueno...

AGENTE.—*(Tocando en el periódico.)*—Amigo...

PEL.—¿Qué pasa?

AGENTE.—¿Lee usted el periódico del revés?

PEL.—¡Como me da la ganal

(Vuelve a taparse.)

AGENTE.—Usted disimule... *(Saca el pañuelo, lo mueve en el aire, por bajo, hace que se suena y vuelve a agitarlo. En la puerta aparecen otros dos agentes, sin entrar. Entonces el agente saca el revólver con la mano derecha, apunta por detrás del periódico y entonces, de un golpe, baja el periódico.)*—Las manos en alto.

PEL.—Oiga usted...

AGENTE.—¡¡En altoll

(Entran los dos agentes)

PEL.—*(Obedece.)*—A mí no tiene nadie por qué...

AGENTE.—Ya veremos. Vuelva la cabeza. A la izquierda, a la izquierda. *(Riendo.)* Buenas noches Pelusa...

PEL.—*(Riendo.)*—Esta vez ha ganado usted, me entrego.